

TIERRA PARA EL MAR

FOR

CARMEN CONDE

Las cosas se pueden mantener calladas un cierto tiempo, incluso tantos años como las mantuvo Paco; y llegado un momento, sin saber por qué exactamente, lo que estuvo acumulado brota e inunda sus contornos, se precipita a imprevistos moldes en los cuales avanza adoptando nuevas formas. Que nadie se piense que lo que se pone en marcha hay quien lo contenga, si son palabras, hasta que no haya agotado su expansión cuajando en otro estado. Así, lo que Rosa oyó fué llevado a la calle y dicho en voz alta para que lo oyeran extraños. De momento, se allanó el incidente porque el Cabo creyó borracho a Paco y un poco también a los demás. Pero luego, a solas, recordó las intencionadas palabras del vecino que se marchó airado, y le llamó y mantuvo con él una charla despaciosa.

En la tienda repercutió la noche; era la segunda, dramática, en breve espacio de tiempo. Se pasan los días sin la menor cosa, ¡y de pronto se juntan todas! La tendera tuvo lástima de Rosa; el tendero meneó la cabeza, dudoso... Paco era serrote, callacuezo, pero nunca se le vió tomar un vaso ni jugar a las cartas; su trabajo, su mujer y su casa. Se alegró cuando supo que tras un largo día de silencio el carro abría sus puertas y salía montado en su carro dirigiéndose a su trabajo. Rosa no salió; cerró las puertas de la cuadra, y todo se quedó callado nuevamente.

La verdad es que todo siguió como si tal cosa, en apariencia. Sin embargo, el Capitán de la Guardia Civil —que fué informado con detalle— levantó su atestado para comunicárselo al señor Juez: un muchacho de aspecto débil, rubio y con gafas, que vivía en una de las cuatro esquinas *habitadas* por las imágenes de los Cuatro Santos cartagenos: San Leandro, San Isidoro, San Fulgencio y Santa Florentina, hijos de los Duques de Cartagena, que tuvieron su palacio en la Puerta de la Villa (colina que señorea el puerto), y en cuyo solar estaba ahora el Asilo de Ancianos.

Estábamos en días fríos; diciembre, entre unas cosas y otras, se estaba echando encima. Paco seguía saliendo con su carro y volviendo temprano. Una tarde, cuando menos podía esperarlo, el señor Cura Párroco en persona llamó a la puerta de Paco, y éste le abrió para

que entrara. Tardó tres horas en salir. Cuando se reintegraba a la Parroquia iba preocupado y con paso lento; como súbitamente empezara a llover, ¡se santiaguó y echó a correr! Como lo cuento.

A la gente le impresiona todo lo que tarda en poder explicarse. Si no hubieran oído al propio carretero acusarse a sí mismo de un crimen, nadie lo creería. ¡Y aun así!... Porque no se sabía de ninguna persona desaparecida en todo el tiempo en que conocían a Paco; ni nadie vino nunca averiguando nada. ¿Qué locura llevaría a aquel hombre a manifestar todo aquello? Todavía, hasta la entrada y salida del Cura Párroco cupo la duda...; pero ahora ya no era posible. Tan impresionado salió el sacerdote, que se asustó de ver llover y se persignó en mitad de la calle. ¿Qué cosas le contaría Paco?

Las jugadas de dominó se arrastraban con pereza. Una perenne discusión ocupaba a los viejos tertulianos. Sentado en un rollo de cuerdas, el joven tendero, con aficiones náuticas, escuchaba pensativo. ¡Qué rara es la vida! Nadie hizo caso nunca del matrimonio aquel, y ahora todos se afanaban por ellos.

—Señora Juana, ¿no viene Rosa?

—Domingo, ¿es que no compra?

—¡Estarán sin comer, digo yo!

—No. Sale a la puerta cuando oye vocear al verdulero.

—Sí, y al pescador. Pero, hija, eso no es bastante.

—Claro que no lo es; ¡que si el arroz, que si las habichuelas!...

Juanico jugaba con el gato, un gato *romano* precioso. La abuela, la señora Juana, lo contempló preocupada. Era cierto; Rosa no salía de su casa, no compraba nada en la tienda. Por no ver ni hablar con las vecinas sería capaz de morir de hambre. Tendría que remediarse aquello.

El humo seguía siendo espeso, se podría cortar en tajadas, dentro de la tienda, por las noches. El que más y el que menos se había sensibilizado con los acontecimientos.

—¿Adónde fué a parar el de las Animas, Pancho?

—Le tuvieron tres días a la sombra y lo echaron a la calle.

—Hombre; ¡echarlo así como así después de lo que contó!...

—Es que no hizo nada en definitiva. Lo pensó. Por pensar no se mete a un hombre en la cárcel.

—¿Que no?

—Todavía no. Sobre todo, por pensar como pensó el minero hambriento. Se embarcó entre cajas de conserva, camino de Barcelona. Aquella es una gran ciudad llena de cartageneros, mineros, murcianos...; se trabaja, pero se gana en las fábricas. Uno, con la colilla en la boca, peroraba:

—Yo tuve que venirme, digo la verdad. Hay que trabajar para comer, de acuerdo, pero ¡no tanto! Además, que nadie te conoce ni se preocupa de ti. ¡Ni los vecinos de la misma casa se conocen! Entre ellos, sí; los catalanes son muy unidos; a los castellanos, como no hablan su lengua, no les quieren mucho.

—Y sin embargo dan trabajo, compadre. Allí no se le niega el pan a uno que quiera trabajar.

—No, si ya lo dije. Sólo que a mí...

—No te gusta trabajar.

Rieron todos, comprendiéndose. El que hizo sus declaraciones se amoscó.

—¿No me gusta, eh? ¿Cuál de vosotros me mantiene? ¡Que lo diga!

—Tú, hombre, tú; te mantienes solo tú hasta que no te tira abajo el vino.

Nuevas risas, y el golpeteo de las fichas sobre el mármol de las mesas desvencijadas que los *Popos* ponían a disposición de su clientela.

En la casa aislada del barrio física y moralmente, los días habían transcurrido sin grandes acontecimientos. Devueltos a la aparente normalidad entre ellos, Rosa hacía sus faenas como de costumbre y Paco las suyas. Las comidas eran silenciosas, y no digamos las horas consagradas al reposo. Si se hubiera levantado la delgada sábana de la oscuridad se habrían hallado los ojos, cada vez más grandes, de la mujer, abiertos, absortos, y los puntiagudos del hombre, fijos en su memoria. Nada más. Apenas sueño. Una inmovilidad absoluta. Entre aquellos dos cuerpos, tan hechos el uno al otro, alguien colocó una barrera de hielo. Ninguno de los dos tenía suficiente calor en sus manos para, apoyándolas allí, fundirla.

Hubiera sido mejor que alguno de ellos tuviera valor para romper el tácito acuerdo, hablando de lo que ambos temían afrontar: el resultado final de su fricción sentimental. Pero para cada uno era preferible callar, temiendo, a volver a lo hablado.

Las cosas adquirieron, de pronto, un relieve inesperado. Allí estaba el zaguán con sus cuatro maceteros altos y desgachados, sosteniendo las palmeras que parecían artificiales. El comedor, que era también cocina y que se abría al patio. La alcoba con su gran cama de matrimonio, su mesilla de noche sobre la cual se erguía el juego de la botella y vaso de agua, y de cuyo más extenso lienzo de pared pendía una estampa de San José, abogado de la buena muerte. El cuarto de los trastos, en el patio y al abrigo del porche, donde se reunían los enseres menos precisos. Y la cuadra, con el caballo y el carro, los pe-

sebres y los arreos, el montón de paja bienoliente y los sacos de cebada... ¡Qué familiares y qué ajenas las cosas en aquellos días! El mismo ruido de la collera, tintineando cuando Paco se la endosaba al caballo, ¿no era un manojo de esquilas distantes? Y el resoplido del animal, disponiéndose a tirar de los varaes, ¿qué significaba ya? El agrio roce de los ejes del carro ni siquiera recordaba la necesidad de su engrase, ahora descuidado. Las gallinas entraban, alborotadas y urgentes, a la cuadra en busca del grano; y Rosa no las aventaba, no hacía nada que les impidiera el cloqueante saqueo del pienso del caballo. Allí se estaba en el patio, lavando a pleno sol, silenciosa; o repasando la ropa bajo el porche sin decir palabra a su marido que, inmóvil, tampoco parecía advertirla a ella.

¿Qué pensaba Rosa? Pues en el *hecho*, en sus consecuencias, en la inesperada voluntad de Dios. Tantos años transcurridos, y he aquí la inutilidad de su paso: el holandés saltaba a la claridad, exigía atención y se desquitaba de su abandono. Pedía su tierra sagrada, su entierro de cristiano. Y Paco tendría que decirle a alguien, por fin, el lugar exacto donde metió el cuerpo muerto.

Por dura que fuera la prueba, Rosa tendría que estar en su sitio, al lado de su marido. Si hubo un momento en que se alejó, al terminar de oír la historia, ahora no comprendía por qué lo hizo. Paco creyó que si ella se hubiera estado quieta, nadie conocería su confesión. Pero esta idea era absurda, pues Rosa no se creía capaz de callarse; le escocía el alma, como culpable, y necesitaba *algo* que aliviara su desasosiego. Una culpa es una culpa, ayer y mañana. El que hace un mal tiene que purgarlo, esto es indiscutible. ¿Cómo iba ella a vivir igual que cuando creía a su marido incapaz de hacer daño a nadie? Serenamente, abstraída, esperaba los acontecimientos.

Lo curioso es que a Paco le ocurría otro tanto. Ignoraba qué le esperaba, pero no lo temía. ¡Mayor encierro que él mismo se diera, atezándose la conciencia, no le vendría a dar nadie! El tabaco ardía solo, sin dejarle al hombre ningún placer; las manos holgaban en sus bolsillos, los ojos se cerraban para recordar mejor... Que el Cielo, que ya mandó su lluvia, dispusiera el giro de los acontecimientos.

Los *Popos* permanecían al tanto de todo aquello, como es natural. A sus oídos llegaba la incesante repalandoria de las mujeres que, a la vez que iban a la compra, cambiaban sus impresiones. Pero los *Popos* no eran unos manificeros que aprovechando forzadas oportunidades metieran baza en la vida ajena. Sin embargo, eran ya tantos los días que Rosa no acudía a la tienda, que, previo consejo familiar, la señora Juana, en nombre de todos, fué a visitar a la voluntaria

enclaustrada. La halló lavando en el patio, al buen sol, y no supo cómo abordar su cometido..

—Queríamos decirle, Rosa...—y se atrancó. ¿Qué querían decirle los *Popos* a aquella mujer pálida, ajena, que la miraba, con sus manos dentro del jabón espumoso de la pila, como si no la conociera?

—Muchas gracias, señora Juana—contestó Rosa gravemente.

Entonces la vieja tendera se saltó las palabras acordadas entre los suyos: que la tienda estaba a su disposición, que si no quería ir allá en persona a comprar lo que necesitara, podrían mandárselo..., etc.

Y como una esclusa que rompe sus compuertas, fluyó acaloradamente.

—De nada, mujer, de nada. Somos vecinos de toda la vida y siempre os consideramos muy bien. No sé si será verdad o no que Paco haya matado a un hombre, pero si lo hizo—que no voy a negarte que está muy mal hecho y que Dios se lo tendrá en cuenta—tuvo que ser en defensa propia; de eso sí que no tenemos la menor duda ninguno de nosotros. Ni nadie en el barrio. Paco es serio, trabajador, muy buen hombre y muy buen marido. ¡Si fueran otros, que se pasan la vida borrachos! Pero, sea lo que sea, ya se arreglará; te lo digo yo, Rosa. En cuanto a nosotros, ya lo sabes: puedes mandar a pedir lo que necesites, con Juanico, mi nieto; él vendrá todos los días y tú le dices lo que tiene que traerte. Te advierto que todas las vecinas se hacen lenguas de tu prudencia, y que nadie ha dicho nada contra vosotros.

La cuadra dió señales de vida en aquel momento; el caballo relinchaba al recuperar su hogar. Paco dejó abierta la puerta que comunicaba con el patio e hizo acto de presencia en él.

—Buenos días, señora Juana; ¡tanto bueno por mi casa!

—Hola, Paco. Vine a saludar a Rosa y a ponerme a su disposición.

—Dios se lo pague, vecina.

Estaba allí, serio, alto y tieso, con su cara de mármol, que así la tenía desde que confesó su secreto. La señora Juana se levantó, dudó, y por fin se le acercó con afecto.

—Oye, quiero que sepas una cosa: nosotros te apreciamos y no queremos nada malo para ti.

—Lo sé.

—¡Aunque fuera verdad, que no lo creemos!

—Lo es.

—Tus razones tendrías, hombre. ¡La sangre se calienta y no sabéis lo que hacéis!—él agachó la cabeza—¿Cómo pudiste callarte tantos años, y soltarlo, así, un día?

Paco sonrió; el día era radiante; el olor de mar bañaba el aire. ¡Si siempre hubiera hecho este tiempo...!

—Llovía—contestó sencillamente.

La señora Juana no comprendió; hasta supuso que el carrero acabaría tocado de la cabeza. Suspiró, anudándose su pañuelo negro de seda bajo la barbilla, y se dispuso a irse.

—¿Qué tendrá que ver lo uno con lo otro?—rezongó.

—¿Ya se va, señora Juana?—terció Rosa.

—Sí, Rosa. Lo dicho. No se te olvide.

Pasos que el zaguán embebió, ligero portazo, y los esposos se miraron con melancolía...

—La buena mujer vino a ofrecirme su tienda; por si yo no quiero ir dijo que me mandará a Juanito todos los días para que él me traiga lo que necesite.

—Está bien.

—También me dijo que todos ellos suponen que si tú hiciste... *eso*, sería en defensa propia. Así fué.

—Así fué, pero eso no es verdad. ¡Yo le obligué a atacarme y luego le maté!

—¿Querías matarlo?—conminó, súbitamente, ella.

El abrió los ojos, se miró las manos...

—No. Eso sí que no.

—Tú sacaste la navaja porque el dolor del puñetazo te aturdió y ya no sabías lo que hacías. Cegaste.

—¡Es verdad!

—Luego, si él se te echó encima para quitarte la navaja y entonces se la clavó, matándose, sólo él tuvo la culpa.

—¿Pasó así, Rosa?—se aferró a ella, se pegó a su aliento—¡Dime la verdad, por tu padre, dime que pasó así, Rosa!

—He estado pensándolo mucho, y ahora ya sé que pasó así.

—¡Señor...!

Se dejó caer sobre una silla de la cocina, llorando. Daba verdadera angustia oír aquel pecho de adusto varón vaciándose de sollozos. El nunca estimulante espectáculo del llanto del hombre era aún más triste en aquel día claro, de cielo puro, que olía a mariscos y a espuma de mar. Rosa le miraba como a un hijo desdichado al que se sabe sin redención y cuyo dolor tratamos de abocar al llanto a fin de que éste relaje la tensión inaguantable.

¿Cómo había llegado Rosa a aquellas conclusiones acerca del crimen? ¿De qué secreta y cálida fuente ignorada fluía la inesperada veta de una comprensión superior a su inteligencia? ¿Qué misericordia bañaba su voz para que ésta sirviera de causa a una posible liberación del atroz remordimiento?

—Tú discutías con él, violentamente; y tenías razón, porque él te

iba a dejar a ti, que eras el trabajo serio y decente, por una tía del muelle. Como se lo dijiste, se puso furioso y te atacó. Lo demás es lo natural cuando se le pega a un hombre. ¿Te ibas a estar quieto? Claro que no. Pero no era tu intención matarlo, sino que él se tiró a la navaja y se la hundió solo.

¡Qué enorme, qué vastísimo país el de la piedad humana! Si un ser intenta calmar a otro cuyo desasosiego brama como un ciervo sin hembra, ve cómo las duras compuertas ceden, y suave o torrencialmente el doloroso se lanza a tragar su consuelo. ¡Ah, ésta es la salvación y no otra! Porque húmedo de gratitud, acogido a la piedad, el culpable busca en sus entresijos todos los justificantes de su daño, enseña los motivos de su pena, y conforme va documentando su remordimiento se va liberando del peso asfixiador de su conciencia. Queda apto para recibir la réplica humana, ya que la divina desembocó de todo egoísmo, de toda defensa, en la autoacusación.

—¡No, no pensaba ni quería matarle, Rosa! Pero yo lo provoqué, lo insulté con rabia para que saltara y se defendiera, porque le aborrecía con todo mi corazón desde que supe que me quería dejar. Durante meses vivió conmigo, nos lo repartíamos todo, no teníamos ni tuyo ni mío. Y de pronto, lo mismo que dejó el barco me quería dejar a mí. Antes de que él llegara a pedirme trabajo yo vivía solo, sin cariño de nadie. Piter era cariñoso, trabajador, desinteresado, y pensé que ya tenía familia en el mundo gracias a él. ¡Nada le importaba y a nadie le temía! Ibamos por los caminos a cualquier hora, de noche, de madrugada, al atardecer, cantando. Yo no tuve padres, Rosa; o si los tuve, no los conocí. Piter era ya mi padre y mi madre juntos; ni las mujeres me importaban estando con él. De pronto se quiso ir; dejarme igual que dejó el barco holandés y a los marineros de su país. Me cegué. ¡Aquel hombre no quería ni a su camisa! Se lo tenía que decir, que tirárselo a la cara como si se la abofeteara. ¡Quizá entonces él se arrepintiera, comprendiera lo solo que yo iba a quedarme; y si se quedara...! Pero fui más lejos de lo que quería; lo odié de verdad en un momento; no me importó la muerte y hasta deseé que me matara. En vez de eso él me atacó como yo no había de defenderme: a puñetazos. Tú sabes que los hombres llevamos siempre una navaja, y sin saber cómo me la encontré en la mano, abierta...; y sin saber cómo, vi que Piter se la clavaba..., se la clavaba... ¡Y aquella lluvia, allí, mirándome, Rosa, mirándome! Todos estos años me hablaba agónico, me decía: «acabarás contándolo, Paco». Ya está. Lo sabéis todos.

Con las manos cruzadas sobre su regazo, la esposa escuchaba sin parpadear. Comprendía por intuición que aquel llanto era bueno, que aquellas palabras que a ella la maltrataban eran buenas para quien las

decía. Y su piedad brotaba, oleaginosa, lubricando los doloridos recintos de su corazón.

—¿Qué pasará ahora; lo sabes tú; no te ha dicho nada la señora Juana?

—Nadie me ha dicho nada.

—¿A qué esperan; por qué no me llaman y me castigan?

—Espera. Confía en la misericordia de Dios.

—¿Qué va a hacer Dios por mí, después de lo que yo hice?

—Dios puede perdonarte.

—¿Y los hombres?

—No pienses en ellos. Piensa sólo en El.

—¡Rosa, si no sé rezar!

—No hace falta, Paco. Piensa en Dios.

—¡Dios mío, Dios mío!

Sintieron llamar a la puerta. ¿Era Dios que contestaba?

A contraluz, una figura oscura, la del alguacil con una carta en la mano.

—¿Francisco de la Iglesia?—dijo.

—Soy yo—contestó Paco.

— A partir del día siguiente comenzaron a funcionar los servicios policíacos. Lo más importante se le encargó a un buen empleado, antiguo minero y carpintero que con un enorme esfuerzo había ido haciendo lo necesario para examinarse y aprobar de policía. José González, de La Unión, era un sujeto simpático, de carácter apacible, que conocía de antiguo a Paco. Sabía que antes de casarse e instalarse en Santa Lucía iba y venía a Murcia llevando mercancías al muelle. Un viejo carabinero, retirado ya, le recordaba también y se lo dijo al policía: ¡era tan activa aquella pareja de carreteros! ¿Qué había sido del otro...? El otro era un muchachote holandés, marinero anteriormente, que siempre hablaba de lo hermosa que era su ciudad natal, Amsterdam, llena de canales por los que discurrían lanchas, barcos; entre orillas con casas viejas, muchas de ellas españolas. El holandés había reñido con sus compatriotas y abandonó el buque en que viajaba para unirse a Paco y trabajar juntos. Luego, cosas de hombres jóvenes, riñó también con Paco y le abandonó por culpa de una pelagorza de Mazarrón. Poco después Paco dejó los viajes a Murcia y se instaló en Santa Lucía para trabajar entre La Unión y el muelle de minerales...

El señor Juez ordenó que su informante se personara en el propio puerto de Mazarrón y tratara de averiguar algo más concreto. Al fin; alguien quedaría en los burdeles que se acordara de un holandés enamorado de una buena prójima, aunque hiciera más de veinte años.

Los *Popos* iban sabiéndolo todo al minuto. Causaba sensación en la tertulia el pasado de Paco. ¡Qué extraño sonaba esto: *pasado de Paco!* Extrañísimo. Súbitamente, aquella figura familiar a la que casi nunca prestaron atención excesiva, tenía pasado; y en él, como en las turbias aguas de un charco mal aireado, flotaban informes restos...

El policía González había vuelto de su viaje, para emprender otro. En el puerto de Mazarrón no vivió nunca un marinero holandés con ninguna mujer de vida airada. Pasaron muchos extranjeros, sí, pero sin quedarse más tiempo del que exigía la carga o descarga de su barco.

Por fin, lo que son las cosas; por fin, una vieja alcahueta tuvo un repente y se acordó de uno que, en efecto, se chaloó por la Caridad—que acabó casándose con un traficante en ovejas, o así...—y anduvo con ella, borrachos los dos, hasta que logró llevárselo su compañero: un carretero muy mal encarado. Dijo que volvería, y no se le vió más el pelo. Cosas de los hombres; en cuanto se espabiló, si te he visto no me acuerdo.

El Juez pensó que era indispensable saber a ciencia fija todo lo que afectara a los viajes de Paco a Murcia desde Cartagena, a pesar de la minuciosa declaración que éste había prestado. E hizo gestiones el policía entre los hombres de Consumos. Aquellos empleados del fisco municipal conocían a Paco; de uno en otro las pesquisas fueron a parar en un par de tipos que afirmaron acordarse muy bien de Paco y del holandés. ¿Dónde estaban ahora? La última vez que les vieron venían del puerto de Mazarrón e iban a Cartagena. Se acordaban muy bien porque les extrañó que el extranjero se despidiera de ellos «ya que iba a emprender otra vida»... ¡*Peor vida dirás!*—refunfuñó Paco. Se veía que le dolía separarse del compañero, mocetón con riñones para el trabajo, que estaba para juntarse a una mala res.

De Murcia a Cartagena, de acuerdo con la declaración del carretero, se perdió el holandés conocido por Piter. Los hechos quedaban aclarados; sólo faltaba—y esto no era seguro que se ordenare—su reconstitución. Sería indispensable en tal caso, naturalmente, que Paco señalara el lugar en donde enterró a la víctima.

¡He ahí lo más horrible de todo aquello: volver a enfrentarse con Piter bajo una forma imposible de imaginar!

Los hechos se fueron escalonando ahora, ordenadamente, situándose en la actualidad que les pertenecía. Desde fuera, partícipe y extraña, Rosa los fué viviendo de acuerdo con su deber: junto a su esposo.

Como en una pesadilla recibió el final imprevisto: prescripto el delito. no se podía actuar contra el autor, dejándolo solo con sus recuerdos; como siempre estuvo...

Se abrieron y se cerraron carpetas, se abrió y se cerró el proceso. ¿Para qué hubo de saberse todo aquello? La acción legal carecía de campo para el castigo. No habría, pues, castigo para Paco.

Sin embargo, fué igual a cuando se proyecta una corriente de aire o de agua en una cueva cerrada: ahora, en ella, se podría respirar mejor. Es decir: se podría respirar.

Delante del matrimonio, nada. Detrás, veinte años. Veinte años en común son muchos años. Por ello, al saltar de su alvéolo dejan un tremendo surco, una profunda herida brotando sangre, cuyos labios tardarán tanto en unirse—si es que hay suficiente vitalidad en los tejidos para hacerlo—que la cicatriz será un tajo en el compacto cuerpo de la vida. La misericordia divina pone olvido, *ausencia* del alma en semejantes casos. Las criaturas quieren olvidar, lo someten todo al posible olvido. Por rudas, por ignorantes que sean—y serlo no excluye la sensibilidad—, saben que olvidar es buen camino de regreso a la vida normal. Empiezan por ausentarse del presente, por disiparse al futuro...

Tímidamente, sugiere Rosa:

—Barcelona es una ciudad muy grande; nadie conoce a nadie. Hay muchos cartagenos allí.

—Sí. ¿Quieres que nos vayamos?

—Sería preferible.

Con sigilo, Paco y Rosa hacen su equipaje y salen de su casa al amanecer de un sábado, día del correo marítimo a Barcelona. Dejan los armarios cerrados, cubiertos los espejos, un gran candado en la puerta de la calle. Hace dos días que Paco vendió el averío, el carro y el caballo, sin dar explicaciones a nadie. Cuando llegan al barco, es casi la hora de salir.

Desde lo alto del castillo de la Concepción se ve cómo describe el muelle una media luna antes de que sus extremos toquen con los montes, estos grandes montes pelados que hace muchos años—según cronistas—estuvieron pobladísimos de arbolado. Son grandes, sí, y hoscas, ahora. A derecha e izquierda del muelle avanzan para cerrar el puerto natural, cuya centinela montan; y los malecones de los faros, a su vez, este afanoso avanzar hasta que se detienen en dos luces palpitantes. Al pie del monte de la izquierda del muelle señalamos ya el poblado de Santa Lucía. Lo que en él ocurrió, ya lo sabéis. Las criaturas se ahogan en semejante medio, quieren irse, abandonarlo. Cierto que los sucesos irían borrándose con rapidez de la viva pizarra del comentario público; que los vecinos intentarían hacer que los esposos se encontraran como *antes*. No es posible, porque ambos han despertado

a una vida nueva: la de no reconocerse en los que habían estado siendo durante tantos años.

Ahora, silenciosos y helados, Paco y Rosa ven la ciudad desde la borda del «Ausías March»; oyen las voces, extrañamente cercanas, de los que se quedan en el muelle. Poco a poco se van acercando a los faros, los trasponen, ya no divisan el puerto... El mar azul de la boca se pone más oscuro, crece; ya todo es mar para los que emigran.

En Barcelona hay tifus; una horrible epidemia que resucita aquellas pestes medievales de que nos hablan las crónicas europeas. El matrimonio, aterrado, va del muelle a la estación del ferrocarril camino de Madrid. Porque Madrid es grande también—lo asegura el propio capitán del barco, a quien acuden en demanda de consejo—y no padece la epidemia. Cansados, aporreados, vencidos, pisan la estación del Mediodía. Es otoño de nuevo, un otoño dorado y fresco.

—Este es Madrid. Queríamos ir a Barcelona y hemos acabado en Madrid, en el que nunca pensamos.

El mozo que coge el equipaje de estos pobres seres fugitivos de tantas desdichas les orienta hacia una modestísima pensión de la calle de Atocha. Allá van, desalentados, para descansar y adoptar después sus determinaciones. ¿Y qué determinaciones...?

El aire fino y agudo de Madrid, el pataleo de los caballos de los guardias del orden público, la gente que va y viene a la estación... Luego, un portal sombrío: la casa de viajeros, sin ascensor, está en el último piso.

Una habitación angosta, interior, con un camastro insuficiente y dos o tres trastos desvencijados que pueden servir de mesa de noche; de lavabo, de guardarropa, los reciben. ¡Qué lejos el sol de Levante, la ancha y buena luz mediterránea, olorosa, frutal luz del cielo! El hombre y la mujer se miran en silencio. Ahora es imposible el olvido.

—Lo primero, dormir. Tendremos tiempo de pensar lo que vamos a hacer. Anda, acuéstate—aconseja ella.

—¡Estoy muerto!—confiesa él.

Y la palabra *muerto*, que tendrá que ser desterrada del común vocabulario, le tira a la cama, lo hunde en ella. Tarda poco en dormirse.

Rosa se quita los zapatos, el vestido y se extiende a su lado. No va a poder dormirse, lo sabe; está demasiado cansada para ello. Pero cierra los ojos y se pone a rezar.

Al rezo se le entrometen los pensamientos temerosos; la no abordada Barcelona, pues el paso significó huida, es tan incógnita como este Madrid del que lo ignora todo aún. ¿Llegará a sentirse aquí, algún día, como en su casa; no habrían hecho mejor quedándose en aquella, re-

sistiendo hasta acostumbrarse al nuevo estado de sentimientos? Tiene miedo, miedo a lo desconocido, miedo a vivir—tan lejos de todo lo habitual—junto al hombre que acaba de descubrir en su marido.

Por fin, piadosamente, el sueño detiene su vigilia.

Carmen Conde.
Ferraz, 71, 6.º B.
MADRID